

das con trages mas ricos y cubierta la cabeza de sartas de piastras ó de zequies de oro, bailaban bajo un ancho granado, á corta distancia de la fuente y de nosotros; su danza muelle y lenta, no era mas que una ronda monótona, acompañada de cuando en cuando de algunos pasos sin arte, pero no sin gracia: La muger ha sido criada graciosa; las costumbres y los trages no pueden alterar en ella ese encanto de la hermosura, del amor, que la rodea y la revela donde quiera: estas mugeres árabes no llevaban velo como todas las que habíamos visto hasta entónces en Oriente, y sus facciones, aunque ligeramente pintadas (*tatouées*), tenían una delicadeza y una regularidad que las distinguían de la raza turca: continuaron bailando y cantando todo el tiempo que duró nuestra parada, y no pareció que las ofendiese la atención con que observábamos su baile, su canto y sus trages. Dijéronnos que estaban reunidas allí para esperar los regalos de boda que un jóven árabe habia ido a comprar a Nazaret para una doncella de Séfora, su novia, y en efecto el mismo dia hallamos los regalos en el camino: consistían en un tamiz para cerner la harina y separarla del salvado, una pieza de tela de algodón y otra de un tejido mas rico para hacer un vestido a la novia.

Aquel dia empezaron en mí impresiones nuevas y enteramente distintas de las que hasta entónces me habia inspirado mi viage;—habia viajado con

los ojos, el pensamiento y el espíritu, pero no con el alma y el corazón como al tocar la tierra de los prodigios, la tierra de Jehová y de Cristo! La tierra cuyos nombres todos habian tartamudeado mil veces mis labios infantiles; cuyas imágenes todas habian colorado, las primeras, mi juvenil y tierna imaginación; la tierra de donde habian mandado para mí, mas tarde, las lecciones y las dulzuras de una religion, segunda alma de nuestra alma; sentí en mí como si algo muerto y frio acabase de reanimarse y entibiarse, sentí lo que se siente reconociendo, entre mil caras desconocidas y estrañas, el semblante de una madre, de una hermana, ó de una muger querida!—Lo que se siente al salir a la calle para entrar en un templo; algo de arrobado, de dulce, de íntimo, de tierno y de consolador que no se experimenta en otras partes.

El templo para mí era aquella tierra de la Biblia; del Evangelio donde acababa de imprimir mis primeras pisadas! Imploré à Dios en silencio en el secreto de mi pensamiento: dile gracias por haberme permitido vivir bastante para ir á ver aquel santuario de la tierra santa; y desde aquel dia, durante todo el discurso de mi viage por Judea, Galilea y Palestina, las impresiones poéticas materiales que recibia del aspecto y del nombre de los sitios, estuvieron mezcladas para mí de un sentimiento mas vivo de respeto, de ternura, y como de



recuerdo; mi viage fué muchas veces una plegaria, y los dos entusiasmos mas naturales á mi alma, el entusiasmo de la naturaleza y el de su Autor, se hallaron casi todas las mañanas en mí tan frescos y tan vivos como si tantos años de desencanto y desecamiento no los hubieran hollado y rehollado en mi pecho! Sentí que todavía era hombre comparciendo ante la sombra del Dios de mi juventud! —Visitando los sitios consagrados por uno de aquellos misteriosos acontecimientos que han cambiado la faz del mundo, se experimenta algo parecido á lo que siente el viagero que sube con gran trabajo la corriente de un vasto rio como el Nilo ó el Ganges, para ir á descubrirle y contemplarle en su ignoto y escondido manantial; parecíame á mí tambien, miéntras subia las últimas colinas que me separaban de Nazaret, que iba á contemplar en su misterioso manantial, esa vasta y fecunda religion que, hace cerca de dos mil años, se ha abierto su cauce en el universo, desde lo alto de los montes de Galilea, y ha abrevado á tantas generaciones humanas con sus puras y vivificadoras aguas! Allí estaba el manantial, allí, en el hueco de aquella peña que pisaban mis piés; aquella colina, cuyas últimas gradas iba yo cruzando, habia llevado en sus entrañas la salvacion, la vida, la luz, la esperanza del mundo; allí, á pocos pasos de donde yo estaba, habia nacido entre los hombres el hombre-modelo para sacarlos, con su palabra y

con su ejemplo, del océano de error y de corrupcion en que iba á perecer sumergido el linage humano. Si consideraba aquel espectáculo como filósofo, veia allí el punto de partida del mas grande acontecimiento que ha agitado jamas el mundo moral y político, acontecimiento cuyo rechazo imprime solo todavía un resto de movimiento y de vida al mundo intelectual! ¡Allí era donde habia salido de la oscuridad, de la miseria y de la ignorancia, el mas grande, el mas justo, el mas sabio, el mas virtuoso de todos los hombres; aquella era su cuna! ¡Aquel era el teatro de sus obras y de sus dulcísimas predicaciones! ¡De allí salió, jóven todavía, con algunos hombres oscuros é ignorantes, á quienes imprimió la confianza de su génio y el denuedo de su mision, para ir á sabiendas á arrostrar un órden de ideas y de cosas, no bastante fuerte para resistirle, pero sí bastante para hacerle morir! . . . ¡De allí, digo, salió para ir con confianza á conquistar la muerte y el imperio universal de la posteridad! De allí fluyó el cristianismo, fuente oscura, gota de agua inapercibida en el hueco del peñasco de Nazaret, donde no hubieran podido apagar su sed dos gorriones, que un rayo del sol hubiera podido absorber, y que hoy, como el grande oceano de los espíritus, ha colmado todos los abismos de la humana sabiduría y bañado con sus inacabables aguas lo pasado, lo presente y



lo venidero. Por tanto, aún cuando no hubiera creído en la divinidad de aquel acontecimiento, mi alma se hubiera sentido fuertemente conmovida al acercarse á su primer teatro, y hubiera descubierto mi cabeza é inclinado mi frente bajo la oculta y fatálica voluntad que hizo nacer tantas cosas de tan débil é insensible principio.

Pero considerando el cristianismo con ojos de cristiano, allí estaba, allí, bajo aquel cielo azul, en el fondo de aquel angosto y sombrío valle, á la sombra de aquella pequeña colina, cuyas añosas rocas parecían aún todas rajadas por efecto del estremecimiento de júbilo que experimentaron concibiendo y llevando en sus entrañas al Verbo niño, ó del estremecimiento de dolor que sintieron sepultando al Verbo muerto; allí estaba, allí, el punto sagrado y fatal del globo, elegido por Dios en la eternidad para hacer descender á la tierra su verdad, su justicia y su amor encarnado en un Niño-Dios; allí era donde el aliento divino había bajado á su hora sobre una pobre cabaña, morada del humilde trabajo, de la sencillez de espíritu y del infortunio; allí era donde animó en el seno de una Virgen inocente y pura, un ser dulce, tierno y misericordioso como ella, doliente, destinado a la paciencia y al gemido como el hombre, — poderoso, sobrenatural, justo y fuerte como un Dios; allí fué donde el Dios-hombre pasó por nuestra ignorancia, nuestra debilidad, nuestro trabajo

y nuestras miserias, durante los oscuros años de su vida ignorada, y donde había, en cierto modo, ejercitado la vida y practicado la tierra ántes de instruir la con su palabra, de sanarla con sus prodigios y de regenerarla con su muerte; allí fué donde se abrió el cielo y lanzó sobre la tierra su espíritu encarnado, su Verbo fulminante para consumir hasta el fin de los tiempos la iniquidad y el error, probar como á la lumbre del crisol nuestras virtudes y nuestros vicios, y encender delante del Dios único y santo el incienso que nunca debe apagarse, el incienso del altar renovado, el perfume de la caridad y de la virtud universales.

Mientras estaba yo engolfado en estas reflexiones, cabizbajo y cargada la frente de otros mil pensamientos mas graves todavía, ví à mis piés, en el fondo de un valle abierto en forma de estanque ó de lago de tierra, las casas blancas y graciosamente agrupadas de Nazaret, en las dos orillas y en el fondo de esa hondonada. La iglesia griega, el alto minarete de la mezquita de los turcos, y las largas y anchas tapias del convento de los padres latinos se dejaban distinguir á primera vista; algunas calles formadas por casas ménos espaciosas, pero de una forma elegante y oriental, se extendían alrededor de aquellos edificios, y animados de un rumor y de un movimiento de vida. En todo el circuito del valle de Nazaret, algunos espejillos



de altos nopales espinosos, de higueras despojadas de sus hojas de otoño, y de granados de ligero follage de una delicada verdura amarillenta, estaban esparcidos de trecho en trecho á la ventura, como flores de los campos alrededor de un rústico altar. Solo Dios sabe lo que pasó entónces en mi corazon; pero por un movimiento espontáneo, y por decirlo así, involuntario, me hallé á los piés de mi caballo, de rodillas en el polvo, en una de las azules y polvorosas peñas del escarpado sendero que bajábamos. Así permanecí algunos minutos en una muda contemplacion, durante la cual todos los pensamientos de mi vida de hombre escéptico y de cristiano se agolpaban de tal suerte en mi cabeza que me era imposible discernir claramente uno solo: solo estas palabras se echaban de mis labios: *Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Pronunciélas con el sentimiento sublime, profundo y agradecido que encierran, y aquel sitio las inspira tan naturalmente, que quedé sorprendido, al llegar por la noche al santuario de la iglesia latina, hallándolas grabadas en letras de oro, sobre la mesa de mármol del altar subterráneo en la casa de María y de José.—Luego bajando religiosamente la cabeza hacia aquella tierra que habia producido á Cristo, la besé en silencio, y mojé con algunas lágrimas de arrepentimiento, de amor y de esperanza, aquel suelo que ha visto derramar tantas y que tantas ha secado, pidiéndole un poco de verdad y de amor.

Llegamos al convento de los padres latinos de Nazaret en el momento en que los últimos resplandores de la tarde doraban todavía apenas las altas tápias amarillas de la iglesia y del monasterio. Una ancha puerta de hierro se abrió delante de nosotros; por ella entraron nuestros caballos resbalando y haciendo resonar bajo las herraduras de sus cascos, las relucientes y sonoras losas del antepatio del convento. Cerróse la puerta detras de nosotros, y nos apeamos de nuestros caballos junto á la misma entrada de la iglesia donde estuvo en otro tiempo la humilde casa de aquella Madre que prestó su seno al huésped inmortal, que dió su leche á un Dios. El superior y el padre guardian estaban ausentes uno y otro; algunos hermanos napolitanos y españoles, ocupados en cerner el trigo del convento bajo el portal, nos recibieron con bastante frialdad, y nos llevaron á un vasto corredor en el cual se abren las celdas de los hermanos y los cuartos destinados á los estrangeros. Allí aguardamos largo rato la llegada del cura de Nazaret, que nos colmó de atenciones, y nos hizo preparar á cada uno un cuarto y una cama. Cansados de la caminata y de los sentimientos del dia, nos tendimos en nuestras camas, dejando para el dia siguiente el ver los sitios consagrados, y no queriendo desflorar el conjunto de nuestras impresiones con un primer vistazo echado á la ligera sobre los santos Lugares, cuyo recinto habitábamos ya.



Muchas veces me levanté de noche para elevar mi alma y mi voz hácia Dios, que eligió en aquel sitio al que debia traer su Verbo al universo.

Al dia siguiente, un padre italiano nos condujo á la iglesia y al santuario subterráneo que fué en otro tiempo la casa de la santa Vírgen y de San José. La iglesia es una ancha y alta nave de tres pisos: ocupa el superior el coro de los padres de la Tierra Santa, que comunica con el convento por una puerta trasera: el inferior está ocupado por los fieles; comunica con el coro y con el altar mayor por medio de una hermosa escalera de dos ramales y de balaustradas doradas. De esta parte de la iglesia y debajo del altar mayor, una escalera de pocas gradas conduce á una capillita y á un altar de mármol iluminados con lámparas de plata, colocados en el sitio mismo en que la tradicion supone que se verificó la Anunciacion. Este altar está elevado bajo la bóveda, medio natural, medio artificial, de una peña á la que estaba contigua, sin duda, la casa santa. Detras de aquella primera bóveda, dos altares subterráneos mas oscuros servian, dicen, de cocina y de sótano á la santa familia. Estas tradiciones, mas ó menos fieles, mas ó menos alteradas por la piadosa necesidad de credulidad popular; ó por el deseo natural en todos estos frailes, poseores de tan preciosa reliquia, de aumentar su interes multiplicando sus pormenores, han añadido acaso, algu-

nas invenciones benévolas al poderoso recuerdo del sitio; pero no es dudoso que el convento, y sobre todo la iglesia, fueron construidos primitivamente en el lugar mismo que ocupó la casa del divino heredero de la tierra y del cielo. Cuando su nombre se difundió como la luz de una nueva aurora, poco tiempo despues de su muerte; cuando todavía vivian su madre y sus discípulos, es seguro que debieron trasmitirse unos á otros el culto de amor y de dolor que les habia dejado la ausencia del Divino Maestro, é ir ellos mismos muchas veces y conducir á los nuevos cristianos á los sitios donde habian visto vivir y habian oido hablar á aquel á quien ya adoraban como á un Dios. Ninguna devocion humana podria conservar tan fielmente la tradicion de un sitio caro á sus recuerdos como la conservó la devocion de los fieles y de los mártires.

En punto á la esactitud de los principales sitios de la redencion, podemos fiarnos en el fervor de un culto naciente y en la vigilancia de un culto inmortal. Caímos de rodillas sobre aquellas piedras, bajo aquella bóveda, testigos del mas incomprendible misterio de la caridad divina en favor del hombre, é hicimos oracion.—El entusiasmo de la oracion es tambien un misterio entre el hombre y Dios; como el pudor, tiende un velo sobre el pensamiento, y oculta á los hombres lo que no es mas que para el cielo. Tambien visitamos el vasto y



cómodo convento, edificio semejante á todos los conventos de Francia ó de Italia, y donde los padres latinos ejercen tan libremente, y con tanta seguridad y publicidad, las ceremonias de su culto como pudieran hacerlo en una calle de Roma, capital del cristianismo. Mucho se ha calumniado, sobre ese punto á los musulmanes: la tolerancia religiosa, mas diré, el respeto religioso, están profundamente introducidos en sus costumbres. Son ellos tan religiosos, y tan celosos de la libertad de los ejercicios de su culto, que la religion de los otros hombres es lo último á que se atreven á atentar. Tienen á veces una especie de horror hácia una religion cuyo símbolo ofende á la suya; pero no aborrecen y desprecian mas que al hombre que no implora al Omnipotente en ninguna lengua; á esos hombres no los comprenden, tan presente está siempre á su espíritu el pensamiento evidente de Dios y tanto llena su alma.—Quince ó veinte padres españoles é italianos viven en este convento, ocupados en cantar las alabanzas del Niño-Dios, y las glorias de su Madre, en el templo mismo donde vivieron pobres é ignorados. Uno de ellos, á quien llaman el cura de Nazaret, está especialmente encargado de los cuidados de la comunidad cristiana del pueblo, que cuenta de siete á ochocientos cristianos católicos, dos mil griegos cismáticos, algunos maronitas y solo un millar de musulmanes.

Los padres nos llevaron en el discurso del dia á las iglesias maronitas, á la antigua sinagoga donde Jesus niño iba á instruirse, como hombre, en la ley que debia purificar un dia, y al taller donde San José ejercia su humilde oficio de carpintero. Observamos con sorpresa y placer las muestras de deferencia y respeto que los vecinos de Nazaret, hasta los turcos, dan siempre á los padres de la Tierra Santa. Un obispo, en las calles de una ciudad católica, no se veria ni mas honrado, ni tratado mas afectuosamente que se ven estos religiosos aquí. La persecucion está mas distante del sacerdote en las costumbres del Oriente que en las de Europa, y si desea el martirio, no es aquí adonde debe venir á buscarle.

12 de Octubre, 1832.

Salimos á las cuatro de la madrugada para el Monte Tabor, sitio designado de la trasfiguracion, cosa improbable, porque en aquella época la cima del Tabor estaba cubierta por una ciudadela romana. La situacion aislada y la elevacion de aquella hermosa montaña, que sale, como un ramillete de verdura, de la llanura de Esdraelon, hizo que se le eligiera en los tiempos de S. Gerónimo, para teatro de aquella sagrada escena. En la cumbre se ha erigido una capilla, á donde los peregrinos van